

Corona de flores

Javier Calvo



Extracto del capítulo I

EL QUE VIVE EN LO MÁS ALTO

El carruaje de Semproni De Paula se detiene allí donde empieza la multitud. Imposible seguir. Los caballos se remueven inquietos mientras el cochero suelta una especie de rebuzno gutural para serenarlos. Debe de haber unas quinientas personas. De las fuerzas del orden ni rastro, por supuesto. Los guardias montados que han venido con la berlina hasta la Calle de la Cadena observan desde sus monturas cómo Semproni De Paula espera a que Boamorte le abra la portezuela y salta con sus piernas cortas sobre los adoquines. Pese a ser pequeño y de aspecto blando, fácil de confundir con un niño disfrazado de adulto, el inspector provincial irradia una dignidad henchida de orgullo. Una altivez paradójica, como si naciera de la misma ridiculez de su aspecto:

De Paula se pone los guantes con parsimonia y estira el cuello para contemplar la escena a través de la nubecilla que su aliento forma en el aire helado. Más que un disturbio, el lugar tiene aire de fiesta mayor. Hay niños corriendo y saltando por todos lados, como si no fueran las seis de la mañana. Hay grupos de amas de casa bebiendo café y charlando en las aceras. Hay vendedoras de cigarrillos, cuya oferta también incluye coñac en vasitos cortos. Hay una especie de saltimbanqui esquelético que no puede tener más de diez años, con las articulaciones dobles y un extravagante traje a cuadros de colores. Y al abrigo de las sombras de un portal cercano, flanqueado por las siluetas más voluminosas de un par de sicarios, asoma la figura inconfundible de Max Téller: con su maquillaje de mujer y su mono sentado en el hombro y las docenas de abalorios y amuletos que le cuelgan del cuello. El emperador del hampa del Barrio de Trentaclus. El hombre que hace que todas las cosas clandestinas lleguen a su destinatario. Téller se lleva una mano al ala del sombrero, mirando al inspector con sus ojos maquillados, y se funde con las sombras.

De momento parece bastante imposible adivinar lo que está pasando más allá del mar de sombreros y cabezas. Sobre todo cuando uno mide poco más que un niño de once

años. A continuación De Paula señala con la cabeza el silbato que Boamorte lleva colgado del cuello.

Boamorte se mete el silbato en la boca y levanta un brazo. Los guardias montados se llevan las manos a la empuñadura de sus sables. El tiempo permanece un instante congelado, con todas las caras atentas y expectantes, hasta que el silbato retumba por la calle.

Hay pocas cosas que le gusten más al inspector provincial Semproni De Paula que dirigir una carga policial. Sobre todo si quien carga es la policía montada. Puede que tenga que ver con el hecho de ser poco más alto que un niño de once años y sin embargo estar avanzando majestuosamente por medio de una estampida de cuerpos aterrados. Pisando manos y piernas.

Al otro lado de la barahúnda de gritos y caras desencajadas, De Paula llega al portal de la casa de los milagros, del que los soldados están sacando a gente detenida. Mira hacia arriba y ve que sale humo negro de varias ventanas del edificio.

El ascenso hasta las plantas superiores resulta más complicado de lo esperado: el hueco de la escalera huele a petróleo, a humedad, a corral y a algo más que muy pronto se hace insoportable. Agarrándose a la barandilla de la escalera, De Paula saca un pañuelo y se lo aprieta contra la nariz. Los soldados se apartan para dejarlo pasar por el centro de la escalera, pegando las espaldas a la pared. Muchos tienen pañuelos atados sobre la cara.

Para cuando llega al segundo rellano, al inspector Semproni De Paula ya le tiemblan las rodillas. En el 48, estando a las órdenes de Pavía en las inmediaciones de Solsona, a De Paula le tocó rellenar fosas comunes con cal, pero ni siquiera aquel olor se podía comparar al de este edificio.

—¿Quién collons manda aquí? —gruñe desde debajo de su pañuelo.

Una figura se abre paso entre los soldados. Cuando se detiene delante del inspector, varias cabezas más alto que él, con un bigotito rubio que hace juego con las hebras

rizadas que le asoman por debajo de la gorra de su uniforme de capitán, a De Paula le da un vuelco el estómago. El capitán Lombardo. De toda la gente con la que se podía encontrar esta mañana, tenía que encontrarse con el capitán Lombardo. Plantado allí con su sonrisita imbécil, la barbilla elevada en gesto petulante, sin un asomo de la palidez verdosa que afecta a todos los demás, como si los efluvios no llegaran tan arriba.

—Querido amigo —le dice el Capitán Lombardo en tono risueño, quitándose un guante y estrechándole la mano antes de que De Paula tenga tiempo de reaccionar. Señala con la cabeza la ventana—. Debe de ser usted el que ha ordenado la carga. Lo hemos visto todo por la ventana. Muy bonito.

De Paula nota las miradas de los soldados en forma de hormiguelo en la nuca: esa misma sensación de que todo el mundo está al corriente de cosas que él únicamente puede sospechar, tan familiar de las noches que se pasa en blanco esperando a que su mujer vuelva de bailar. Sin que su conciencia intervenga, todo su cuerpo se estira, maximizando su ocupación del espacio. Un gesto reflejo aprendido en millares de peleas infantiles, de burlas adolescentes. Ese orgullo paradójico asociado a su cuerpo. El mismo que ha llevado a un chico que dejó de crecer a los once años a ser inspector provincial del Cuerpo de Vigilancia.

—Me gusta cargar —dice por fin—. Sobre todo con los caballos.

Lombardo se encoge de hombros.

—La situación está controlada —dice, con el mismo tono pagado de sí mismo—. A las dos me han nombrado enlace entre el cuartel de San Pablo y el destacamento de la guardia civil. Luego han llamado al cuartel y me han nombrado enlace con la guardia montada.

—Felicidades —dice De Paula.

—Lástima que la guardia montada no haya venido.

—Hemos venido ahora.

—Tiene a su santa ahí dentro —Lombardo señala el interior del piso, acariciándose el bigote rubio—. Nos ha costado un poco pero la hemos encontrado. Los vecinos han atrancado la puerta y nos han vaciado orinales encima. Luego han tirado sillas. Hay dos heridos por impacto de silla.

—Habrán usted ordenado disparar, me imagino.

—Hemos tirado muchas puertas abajo y hemos sacado a todo el mundo que hemos podido. Luego hemos entrado. No había anarquistas. Ni uno. Lo que había era mujeres rezando el rosario.

De Paula mira en la dirección que el capitán está señalando. Hay un cuarto con el suelo cubierto de cirios de iglesia que chisporrotean en medio de la corriente de aire. Entre los cirios hay estampas de la Virgen, sagrados corazones y santos de todas las clases y colores. Del interior del piso vienen ráfagas de aire hediondo que le obligan a apretarse todavía más el pañuelo contra la nariz. Sus zapatos chapotean en un limo negro de vómito pisado y arrastrado por toda la casa.

—¿Cómo está su mujer, por cierto? —dice Lombardo—. Dígame que le mando muchos saludos. Tenemos que juntarnos todos un día, está claro. Tengo entendido que su mujer juega muy bien al bridge.

Con el rubor extendiéndose por la cara diminuta, De Paula se adentra en el piso donde ha empezado el disturbio. Con el rabillo del ojo ve docenas de escarabajos y ratas que huyen a su paso. Hay soldados en mangas de camisa y con las caras tapadas con pañuelos que se dedican a quemar montones de basura. El humo negro y pestilente sale por las ventanas abiertas.

De Paula agarra del brazo a uno de los soldados, que está quemando ropa.

—¿Dónde está la milagrera? —pregunta, en el tono más imperioso que puede mientras se aprieta un pañuelo contra la nariz.

El soldado señala un cuartucho iluminado con velas.

De Paula entra en el cuarto y contempla la escena: la mujer está sentada desnuda en una silla de madera, en compañía de un par de monjas que la están lavando con el agua negra de un cubo, y de un par de soldados que supervisan la operación.

De Paula nunca ha visto nada parecido a esa mujer. Ni siquiera él, que en calidad de autoridad provincial de la fuerza de vigilancia creía haberlo visto todo. Su cuerpo es un puro esqueleto cubierto de piel. Parece imposible que alguien pueda seguir vivo dentro de un cuerpo así. La piel llena de llagas que a la luz de las velas se ven negras y verdes. Su cuerpo desnudo ya no parece un cuerpo. Su cara es una calavera con un par de dientes podridos y una cortina rala de pelo reseco.

—¿Qué le pasa a esta mujer? —dice a través de su pañuelo.

Uno de los soldados se quita el embozo para hablar.

—Lleva un año sin comer y sin lavarse —explica—. O eso dicen. Los vecinos le traían un vaso de agua de vez en cuando.

Una de las monjas se santigua mientras saca un trapo del agua negra del cubo y lo escurre.

—Cuando la policía ha intentado llevársela, los vecinos se han hecho fuertes —dice el otro soldado—. Dicen que es santa. Le traen aquí a los niños para que los bendiga.

De Paula mira a la mujer, que ahora levanta la vista, muy despacio, hasta posar sus ojos sobre él.

—¿Cómo se llama? —dice De Paula.

—La llaman Dorotea —dice una de las monjas—. Pero no sabemos si es su nombre de verdad.

De Paula se inclina un poco hacia la mujer, con una mueca de burla que le clava las puntas enceradas del bigote en las mejillas diminutas.

—Dorotea —le dice—. ¿Eres santa? ¿Es verdad que haces milagros?

La mujer lo mira un momento antes de contestar.

—Yo quería irme con ellos —dice—. Con los angelitos. Pero ellos me dijeron: quédate aquí. No te muevas. No hagas nada. Ni comer.

—Señor —dice uno de los soldados—. Es una pobre loca. Una inocente.

Hay un momento de silencio. De Paula oye voces en la escalera. Alguien más está subiendo.

—¿Dónde están los angelitos, Dorotea? —dice De Paula.

La mujer parece pensarlo antes de contestar.

—Se fueron con él —dice por fin—. Con el que vive en lo más alto. —Hace un gesto amplio con las manos—. Su cara da tanta luz que no se puede ver.

Las monjas y los soldados se vuelven para mirar a alguien que acaba de aparecer en el umbral, detrás de la espalda del inspector. De Paula se quita el sombrero para secarse el sudor de la cabeza, echa un último vistazo a la mujer esquelética y se da la vuelta hacia el umbral, donde acaba de asomar la cara de Blai Boamorte. La cara de Boamorte tampoco parece afectada por el hedor bestial, tal vez porque ya es una cara de por sí amarillenta y tumefacta. Una cara que ya de por sí es la cara de alguien que acaba de vomitar.

—¿Qué pasa? —dice De Paula—. ¿No ve que la estoy interrogando?

Enfundado en su traje vagamente funerario, Boamorte lo mira desde el umbral de la puerta. La cara alargada, todo huesos y piel amarilla: una de esas estatuas de faraones que flanqueaban las entradas de los templos del Antiguo Egipto.

—No se lo va a creer usted, inspector —dice por fin. ■